

Jj



JESUITAS. Los jesuitas llegan a México el 28 de septiembre de 1572. Se responsabilizan de pesadas tareas de evangelización en territorios alejados y hostiles. Antes de ir a la península, ya tenían la experiencia misional de la Tarahumara, Sinaloa y en la Pimería Alta. Se trata de una orden de clérigos fundada por Ignacio de Loyola y aprobada por el papa Paulo III el 27 de septiembre de 1540. Un atributo de la orden jesuita es el compromiso irrevocable de obediencia al papa, no la obediencia natural y común,

sino sobre todo en cuanto les ordenase para el “bien de las almas” y la propagación de la fe. El propio Ignacio de Loyola, fundador de la orden, estaba vivamente interesado en que misioneros de la orden se trasladasen a las nuevas tierras americanas a realizar labor de evangelización. Francisco de Borja, consejero de los reyes y después superior general de la Compañía de Jesús en España, dio los primeros pasos para que se trasladasen grupos de jesuitas a América con misiones concretas de evangelización.

El 6 de febrero de 1697, el virrey de la Nueva España, conde de Moctezuma expide una cédula real que autoriza a los jesuitas, en las personas de los padres Juan María Salvatierra y Eusebio Francisco Kino, a explorar y evangelizar las tierras desconocidas de la California. Del documento expedido, el investigador Luis Sánchez Vázquez resume las siguientes encomiendas:

“Se otorga al padre Salvatierra y al padre Kino licencia para entrar a California; se les autoriza el acompañamiento de fuerzas militares para prevenir desmanes y agresiones, con facultades para remover mandos, pero con la obligación de dar cuenta a la autoridad virreinal; para lo anterior se les concede ejercer la autoridad en la forma que la tienen los oficiales del ejército real; llevan derecho y deber de realizar nuevas conquistas en nombre del rey, colocando sus banderas y haciendo las conquistas a su nombre; se les faculta para nombrar autoridades judiciales e imponer castigo a quienes desobedezcan o cometan faltas; se deberá dar cuenta al virrey de todos los avances y del progreso de la empresa” (*Salvatierra 300 años*, 1997). De manera casi inmediata, Salvatierra sale hacia el norte novohispano, en una expedición para establecer la presencia española, en dos vías: la religiosa



[SECTURE]

y la autoridad civil, encarnada por los militares y la primera por los ignacianos. No obstante, se alza un gran obstáculo: no habría ningún tipo de ayuda y los gastos de la empresa evangelizadora correrían por cuenta del propio Salvatierra. Era necesario obtener el patrocinio necesario para el transporte, alimentación de los misioneros y sus auxiliares. Las autoridades virreinales se negaron a sufragar los gastos de las expediciones y los gastos de la colonización. Por la dificultad de sostener las misiones y los gastos aparejados con la misión californiana, Salvatierra y Kino, con la eficaz ayuda de Juan de Ugarte, impulsan la creación del Fondo Piadoso de las Californias, que es una especie de fideicomiso, cuyos intereses serían administrados para financiar esta vasta tarea evangelizadora que con temeridad los frailes se echaron a cuestras. Apoyado por los jesuitas del interior de México y autorizado por los gobernantes del virreinato, comenzó a reunir el Fondo

Piadoso de las Californias. El segundo paso es que Salvatierra con un pequeño número de religiosos llega al lugar previsto y funda Nuestra Señora de Loreto, la primera misión californiana. Era un sitio que los indígenas llamaban Concho, que se le queda al nombre patronímico ya elegido. Salvatierra fue padre fundador de la misión de Nuestra Señora de Loreto, considerada como “cabeza y madre de todas las misiones de la Alta y Baja California”. En 1704, el padre Salvatierra fue nombrado padre provincial de la Compañía de Jesús por lo que tuvo que ir a residir a la Ciudad de México, al concluir su gestión regresó a las misiones en Baja California.

Ya con la expulsión de los jesuitas en 1767, los misioneros que los reemplazaron, los dominicos y, especialmente, los franciscanos, aplicaron esos recursos en gran parte al desarrollo de las incipientes misiones de la Alta California. Al separarse

en México la iglesia del Estado, sobre todo, al pasar la Alta California a Estados Unidos, se plantearía un grave conflicto internacional.

Los jesuitas utilizaban un esquema misional donde tenían amplias facultades, administrativas y gubernativas. La vida en las misiones giraba en torno del hecho religioso. Pero también era una apuesta por colonizar, integrar a los indígenas, aprender sus costumbres e idiomas; no es gratuito que varios padres jesuitas hayan escrito gramáticas, del dialecto edu, por Juan Bautista Copart y del guaycura, por el padre de Miguel del Barco. Su inclinación intelectual los hacía propensos al registro de sus experiencias, a la reflexión sobre la marcha de los acontecimientos, para dejar testimonio a generaciones venideras. Los jesuitas distribuían alimentos entre los indígenas, fomentaban el aprendizaje de técnicas agrícolas y la instrucción religiosa.



[SECTURE]

Hay que anotar que tardaron mucho en lograr la autosuficiencia, por lo que tenían que recibir granos y bastimentos de la contracosta sonorensis y sinaloense con tierras más fércas que las peninsulares. Hay que anotar la postura de la corona española al ser beneficiados por las tareas de apropiación de los nuevos territorios y de la colonización misma sin desembolsar recursos propios. Las misiones eran poblados que giraban en torno de los edificios religiosos al centro, un caserío con techos simples de paja, donde vivían sirvientes, soldados e indígenas conversos. Las relaciones entre misioneros, soldados con los indígenas eran delicadas. Había una tenue línea que no debería ser rota por maltratos o actitudes agresivas. Las rebeliones del sur de la península a mediados del siglo XVIII se explican por estos antecedentes. Al elegir un espacio para la misión se tomaban en cuenta muchos factores asociados con la ubicación, lo agreste del lugar, la disponibilidad de agua, la cercanía con otros centros misionales, etcétera.

Las misiones fundadas por los jesuitas fueron numerosas, más de 20, sobre todo en lo que hoy se conoce como Baja California Sur; ellas son: Loreto, San Javier, San Juan Bautista, Mulegé, Comondú, La Purísima, Nuestra Señora de Pilar de la Paz, Guadalupe, Los Dolores del Sur, Santiago, San Ignacio, San José del Cabo, San Miguel, Todos Santos, San Luis Gonzaga, Los Dolores del Norte, Santa Gertrudis, San Borja, Calamajué y Santa María de los Ángeles.



Valdemar Jiménez Solís. [GTM]

Por motivos ligados al nuevo manejo de los territorios americanos y las reformas borbónicas, la orden jesuita fue expulsada de América, en 1767, por decreto ejecutado por el virrey Marqués de la Croix. A la misión de Loreto llegaron 17 sacerdotes cariacontecidos y tristes, para ser embarcados hacia la tierra continental y después ser desterrados a Europa. Así acababan más de 70 años de trabajo tenaz, desinteresado y de una dificultad increíble. De su estancia en el terreno peninsular, los jesuitas dejaron, crónicas, testimonios, diarios, repasos naturalistas, apuntes, bosquejos (a la Ignacio Tirsh), de una tierra a la que aprendieron a querer y a ver como propia. Un acto de autoritarismo detuvo una vocación internacionalista, que tuvo como escenario las tierras agrestes de la península de Baja California.

Entre los jesuitas que dedicaron su esfuerzo a la evangelización en la península, se puede mencionar a Juan María Salvatierra, Juan de Ugarte, Francisco

María Piccolo, Wenceleaus Linck, Jaime Bravo, Lorenzo Carranco, Fernando Consag, Clemente Guillén, Victoriano Arnés, Matías Goñi, Miguel del Barco, Juan José Díez, Juan Jacobo Baegert, Francisco María Badillo, Eusebio Francisco Kino, Juan Bautista Luyando, Georg Retz, Juan Bautista Luyando, Nicolás Tamaral, Segismundo Taraval, Pedro de Ugarte, Franz Benno Ducrue, Lambert Hostell, Juan Bautista Copart, Ignacio Tirsh, entre otros.

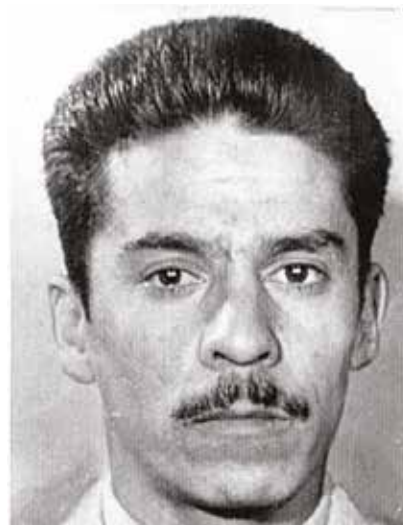
JIMÉNEZ SOLÍS, VALDEMAR.

Poeta y maestro normalista. Nació en Mexicali, el 6 de septiembre de 1926. Estudió en el Instituto Politécnico de Tijuana. Participó en el movimiento cultural de la Californidad, que tuvo lugar en la entidad, en los años sesenta del siglo XX. En 1972 ganó los Juegos Florales de la Mexpo-Tijuana teniendo como jurado al profesor Arturo Pompa Ibarra, al transterrado español Andrés Villar Martínez y Gabriel

Moreno Lozano. En marzo de 1974, el gobernador del estado Milton Castellanos Everardo le entrega la presea Centenario de oro, otorgada por el magisterio estatal. La Asociación de Periodistas de Mexicali lo nombró Poeta de Baja California y la Lotería Nacional utilizó un verso suyo, “En la siembra del progreso” en los billetes del sorteo del 9 de enero de 1979. Su libro *Huellas cachanillas* es un registro de personajes, del mundo del arte, la educación, la política, el sindicalismo, que representa una versión generacional que ayuda a reconstruir la atmósfera cultural de los años sesenta y setenta. Es, además una contribución a la memoria histórica de Baja California. Como poeta su obra está fincada en la sonoridad, en la evocación de la historia que no renuncia a cierto didactismo, a un discurso estético de intención social, arraigado en la literatura nacional, que tiene en Carlos Pellicer y Ramón López Velarde, sus paradigmas. Valdemar

Jiménez Solís realizó recitales poéticos a lo largo y ancho de la entidad. Publicó *Pétalos al aire* (poesía, 1966), *¡Grito! ¡Clamor desesperado!* (poesía, 1973), *A rajatabla* (poesía, 1992), *Huellas cachanillas* (ensayo, 1993) y *Destellos del corazón* (poesía, 1997) y *Huellas en Baja California, forjadores, memoranzas* (ensayo, 2004). En 1997, el ICBC editó un libro en su honor: *La poesía manda. Homenaje a Valdemar Jiménez Solís*. Falleció en Mexicali, el 20 de agosto de 2017.

JORDÁN JUÁREZ, FERNANDO. Periodista y escritor. Nació en México, DF, el 26 de abril de 1920. Uno de los pocos viajeros que hizo de Baja California su espacio de interés y que acabó viviendo en ella como un habitante más. En vida publicó *El otro México. Biografía de una península (crónica de viajes, 1951)*, uno de los libros más importantes del siglo XX como estudio-reportaje-visión global de la vida peninsular y considerado un clásico



[AHT-IMAC]

de nuestras letras. En 1955 publicó otra obra parecida sobre Chihuahua: *Crónicas de un país bárbaro*. Un año antes de morir ganó un premio de poesía con su poema “Calafia”, dedicado a la historia peninsular. Cuatro décadas más tarde se han publicado los libros que dejó al morir: *Mar Roxo de Cortés* (crónica de viaje, 1995) y *Tierra incógnita* (crónica de viaje, 1996). Murió en La Paz, Baja California Sur, el 14 de mayo de 1956.